





ANTONIO BORREGUERO

ANATOMÍA

DE

UNA

INFAMIA

Platero
COOLBOOKS 

Título: Anatomía de una infamia

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Antonio Borreguero Sánchez.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2260-2025

ISBN: 979-13-87720-38-4



ÍNDICE

Introducción.....	9
MANU.....	11
ABIBA.....	41
RENÉE.....	51
ELENA Y MIRTA.....	61
EL POLICÍA.....	93
EL CHUCHE	133



Introducción

Solo se vive una vez, pero hay quienes viven varias muertes. Son los que, a veces, desean no haber nacido, aque-llos en los que una vez albergó la esperanza de un futuro mejor, dejando atrás una vida de miseria y humillación. Son aquellos que viven de forma anodina, abocados, o sumergidos en una monotonía cruel, y al ostracismo; condenados al olvido, a la no existencia, en la que se pierde el propio ego. Los que para sobrevivir pagan un alto precio: su dignidad, pero esta no es entregada voluntariamente sino robada.

Son esas personas, las acreedoras de una vida, de un orgullo arrebatado, de una esperanza frustrada y, que yacen en una tumba anónima, en el silencio, o en el olvido de una sociedad adormecida que mira sin ver, que oye, pero no escucha. Sí, son esas almas vejadas las que poco a poco, imagen a imagen, nos sustraen del mundo hedonista en que vivimos.

MANU

Siente cómo un pequeño hilo de sangre se desliza desde su sien hasta la mejilla derecha. Cierra los ojos, no quiere que la imagen que tiene ante él sea la última que vea en su vida. Tendido en el asfalto, escucha los latidos de su corazón, cada vez más lejanos y débiles; la sensación de la sangre en su rostro le trae a la memoria la caída que sufrió siendo niño.

«No llores, ya te dije lo que pasaría si subías a ese árbol. Ahora debes sufrir las consecuencias».

Esas fueron las palabras de consuelo del padre de su madre. Fue él, su abuelo, quien le dio los primeros consejos para soportar los golpes que recibiría a lo largo de su niñez y adolescencia, y que le servirían para encajar los sufridos en la edad adulta.

«Si te caes, te levantas, nunca esperes que alguien te tienda una mano».

Esa, y otras frases parecidas, eran las advertencias que le daba el yayo cada vez que se quejaba de cualquier contratiempo o pelea que hubiese tenido con algún otro crío, o de la indiferencia y dejadez de su padre. Por eso, asume la situación en la que se encuentra, no tiene a quién culpar de ello, salvo a sí mismo.

El recuerdo infantil se va desdibujando, ocupando su lugar el rostro de Abiba. De nuevo, siente los latidos de su corazón que, por unos segundos, recuperan su ritmo habitual para, seguidamente, volver a ser más espaciados y débiles.

Tiene una sensación de ingratitud, como si su cuerpo flotase ya inmaterial y etéreo. El dolor por los golpes recibidos y la herida de bala han desaparecido, al igual que sube el telón de un teatro. La imagen de Abiba también se va difuminando mientras exhala lo que cree será su último suspiro.

El Manu vigilaba con atención y desde lejos su «mercancía». Tenía dos chicas que compartía con el Chuche, las dos del color de la miel y de las que obtenía buenos réditos, según su forma de pensar. Había crecido en el barrio más misero de la ciudad y olvidado de la mano de Dios, en cuyas calles había aprendido todo lo que sabía, sobre todo a sobrevivir. Su frase favorita era «nunca esperes nada de nadie, salvo una puñalada trapera». Su figura recordaba a la de Makynavaja, el personaje creado por Ivá en la revista de *El Jueves*, pero no por su indumentaria y personalidad, sino por el bucle de cabello que le caía sobre la frente. Quizás por ello su imagen se correspondiese mejor con la de Pedro Navaja, el chulo de la canción de Rubén Blades, y que daba título a su disco. Le había costado trabajo llegar a la posición que gozaba dentro de su mundo: palizas, humillaciones y subordinación, pero, a pesar de ello, logró ganarse el respeto debido. Por eso se sentía realizado, temido, pues ¿qué clase de hombre es quien no cumple sus amenazas, o no castiga a quien le desobedece o reta? La vida se rige por un principio: la fuerza; quien no la utiliza, se convierte en presa. Era así de simple: o estabas abajo o arriba, o peleabas por tus intereses o te los robaban. Esto lo había aprendido desde la infancia, una donde la alegría brilló por su ausencia y la inocencia desapareció a muy temprana edad, cuando oía: «*hasta que no se es papa no se comen huevos*¹». Esa era la respuesta del

¹ Las palabras en cursiva que se emplean en algunos diálogos intentan emular la entonación y forma de hablar de personas de etnia gitana en un barrio marginal. No confundir con el modo de hablar andaluz.

Paco, nombre por el que era conocido su padre, ante cualquier petición de él o alguno de sus hermanos. Quizás el significado de esa frase influenció más en su carácter que cualquier otra de las tantas que había escuchado en su corta y penosa vida; incluso más aún que las situaciones que se vio obligado a presenciar.

La comida en casa era escasa, la recogida y venta de chatarra no daba lo suficiente para llenar los estómagos de toda la familia, y el primero en hacerlo era el Paco. Cuando se viven situaciones adversas para la propia supervivencia, se activa algún mecanismo invisible, oculto, un resorte que suple las carencias que podamos padecer; en el Manu fue la inteligencia, la picardía. Por su corta edad no sabía explicar el motivo de ello, pero algo en su interior le decía que su suerte dependía, en parte, de él mismo. Quizás por ello se mostraba aplicado en clase, no faltando nunca a la escuela, algo habitual en los demás niños del barrio.

Carmen, la hermana mayor, era la encargada de todas las tareas de la casa desde que la madre murió. El Manu contaba entonces con nueve años y Carmen con doce. Hasta la muerte de su progenitora, su vida había sido más plácentera, si es que se podía llamar así, debido a los ingresos que aportaba por los trabajos de limpieza que realizaba en domicilios ajenos. A veces no lo encontraba, ella decía que era debido a la desconfianza de las señoras. Por eso eran frecuentes las visitas que hacía a casa del abuelo Manuel, para aliviar el hambre. El yayo vivía solo en una pequeña casa en el límite del barrio, donde el Ayuntamiento, años antes, entregó viviendas a familias en situación igual a la suya. No sabía cuánto hacía de ello, pero serían muchos años, pues él no había nacido y tampoco nunca oyó hablar de ello. Desde la muerte de la yaya, el abuelo se volvió más solitario y no visitaba la casa de su yerno. También sucedía cuando el Manu lo visitaba, no le preguntaba por él, por el Paco. Era otro misterio que no llegaba a comprender: la falta de

comunicación entre los dos.

Casi siempre regresaba contento y con algo aprendido: un consejo y algo de comida. Los días y noches de lluvia, toda la familia se refugiaba en casa del abuelo, pues en la suya el agua penetraba por el techo y la humedad se filtraba por las paredes. Fue también el abuelo el que ayudó a su construcción, por eso era de mampostería, siendo diferente a la mayoría de las demás casas, por darles un nombre, pues estaban hechas de hojalata y cartones.

Algunos días iban al campo y siempre regresaban con espárragos, naranjas, ciruelas o melocotones, según la época, y que cogían de una finca cercana. Esta era otra de las cosas que llamaba su atención. La finca estaba vallada con una red metálica en todo su perímetro; en uno de los postes la alambrada estaba cortada, y era por donde ellos entraban. Cuando salían, el yayo la volvía a unir con unos pequeños alambres, de forma que no se notase. En ocasiones, el guarda, un hombre alto y delgado, con la tez cetrina y una gorra gris sobre sus plateados cabellos, se les quedaba observando a lo lejos. Una vez estuvo lo suficientemente cerca para verle el rostro; sintió miedo. La mirada de aquel hombre era profunda, amenazadora; el abuelo le mantuvo la mirada durante unos segundos que a él le parecieron eternos. Luego se marchó sin decir palabra. No comprendía el motivo por el cual dejaba que robara la fruta y que le permitiese la entrada a la finca, pues existían letreros de grandes dimensiones indicando la prohibición del paso. Un vínculo existía entre los dos hombres que él no llegaba a entender por ser aún demasiado pequeño. Años más tarde se haría un experto en el significado de las miradas, de los gestos, en el doble sentido de las palabras que no eran lo que el diccionario expresaba.

La casa del abuelo Manuel era parca en mobiliario: una mesa, dos sillas, una cama con un somier, pero no de los de ahora, con sus tablas inmaculadas y algo flexibles, sino de muelles entrelazados que, a veces, perforaban el colchón

relleno de «borra» (pequeñas lonchas de corcho); algunos cuadros de tiempo y color indefinido, y un transistor con cuya transmisión se quedaba dormido por las noches. Además de los escasos útiles de cocina, de los cuales llamaba su atención un plato de latón, que según el abuelo era para que cuando fuese más viejo de lo que era y las manos le temblasen y lo dejase caer, no se le rompiera. Pero, entre todos ellos, lo que más le intrigaba, ya que nunca el yayo le había revelado su procedencia, era una bola de cristal pegada en una base de madera, en cuyo interior contenía agua de color verdoso, como el del mar, y una pequeña sirena de color oscuro; parecía negra, debido, posiblemente, al efecto del agua sobre la misma. Delante de aquel objeto pasaba el tiempo a la espera de la llegada del abuelo. Siempre lo hacía cuando llegaba a la casa de este huyendo de la suya y no se encontraba en ella. Reflexionaba, y no daba con la explicación, de cómo la figura de la sirena y el agua habían sido introducidas en la bola.

«No te quiebres mucho la cabeza con esas cosas, no tienen importancia alguna y, en caso de que descubras cómo se hizo, no te dará de *comé*». Esa era la respuesta del yayo cuando le preguntaba por ello. No tardaría mucho en comprender lo certero de aquellas palabras.

Contaba con trece años cuando los astros, el destino, la casualidad o lo que era irremediable, se conjugaron para que su vida cambiase en apenas seis meses.

Aquel ominoso día acudió, como era habitual, en busca del abuelo Manuel. La puerta estaba cerrada y llamó repetidas veces sin obtener respuesta. A esa hora el yayo siempre estaba en casa, por eso se extrañó de que no respondiese y dio un rodeo a la vivienda. Sabía que siempre dejaba entera la ventana de su habitación y que daba al patio. «Hay que dejar que entren el aire y el sol en la casa, porque así se mueren *tos* los bichos malos que hay en ella», era otro de los múltiples consejos que le daba. Tal era la confianza que

tenía de que nadie entraría por ella; a pesar de la fama que la barriada poseía de insegura. Pero el yayo Manuel era muy respetado, al que muchos pedían su opinión y que intercediese ante disputas entre familias. Era un deshacedor de entuertos, un pacificador. El Manu se fue acercando despacio, llamándole. Temblaba, la figura de su madre muerta vino a su mente, salvo que ella estaba vestida con un traje blanco, con las manos sobre el pecho y en posición decúbito supino sobre sábanas limpias y rodeada de varias mujeres que hablaban entre ellas y que interrumpían con un suspiro. El rostro de la madre se mostraba apacible, manteniendo aún el color de la carne viva, parecía que sonreía. Esa imagen permanecería para siempre en su recuerdo. En cambio, el yayo estaba vestido con la ropa que llevaba la última vez que le vio, dos días antes. Su cuerpo yacía bocaabajo sobre la cama, en una sábana que algún día fue blanca. Temeroso, puso una mano sobre su hombro; al principio lo movió suavemente sin dejar de llamarle, luego lo zarandearon, hasta que comprendió que nunca más le daría un consejo ni iría al campo en busca de ningún alimento. Salió a la calle y gritó:

—¡El yayo ha muerto, el yayo ha muerto!

Al entierro asistió mucha gente, pero el Paco fue la ausencia más significativa. Entre los asistentes sobresalía la presencia del guarda de la finca a la que iban a «recolectar» frutas. Fue Juan, el segundo de los hermanos, quien aquella noche le contó por qué el *pápa* no asistió al entierro y el vínculo que unía a aquel hombre con el abuelo. Así como el motivo de su enemistad. Por Juan supo que los dos habían sido amigos allá en su pueblo, que la yaya Dolores fue novia del Ovejero, apodo por el que era conocido el guarda de la finca, pero que lo abandonó para casarse con el abuelo Manuel. Aquello provocó una pelea a navaja entre ambos. Fue el abuelo quien asestó la primera y única puñalada, pero, estando su rival vencido, le perdonó la vida. Un año después del enfrentamiento, el Ovejero quedó atrapado en un cepo

cuando iba de caza por el monte. Fue de nuevo el abuelo quien lo encontró tendido con el tobillo destrozado. Lo libró de la trampa y lo llevó sobre su espalda hasta el pueblo. Por esa razón, la tensión entre ambos se apaciguó, aunque en el Ovejero quedó un poso de rencor; se sentía humillado por tener que estar agradecido al hombre que le robó a la mujer que amaba. Años más tarde, los dos se volvieron a encontrar en la ciudad donde se habían trasladado. Ese era el motivo por el que el guarda dejaba entrar en la finca al yayo, permitiendo que cogiese lo que quisiese, aunque el abuelo solo se llevaba lo que necesitaban él y la familia.

Rosario, la madre del Manu, hija de Manuel y esposa del Paco, se casó con este cuando solo contaba con diecisiete años. Desde un principio sufrió palizas y vejaciones por parte de su marido, que nunca supo ni quiso cuidar de ella ni de sus hijos. Un día, Rosario acudió a casa de su padre huyendo de la suya. El Paco había llegado borracho y empezó a pegarles a ella y al hijo mayor, que trató de defenderla. El yayo corrió hasta la casa de la hija y, sin mediar palabra, golpeó con una estaca que llevaba a su yerno. Lo hizo hasta que quedó tendido en el suelo semiinconsciente. Esperó a que recobrase la conciencia y le dijo: «Si vuelves a pegar a mi hija o a alguno de mis nietos, te rebano el pescuezo. Por esta que lo hago», terminó diciendo mientras hacía una cruz con los dedos y la besaba. Desde aquel día, el Paco no les puso una mano encima a ningún miembro de su familia. El Manu era demasiado pequeño y no recordaba esa escena, pero, desde que se la oyó contar a su hermano, no la olvidó, a la vez que la admiración por el yayo Manuel aumentó, si eso era posible.

Desde que el abuelo murió, la vida del nieto cambió. Quien debía ocuparse de su bienestar se volvió más rácano y desinteresado por el bienestar de su familia. Ello hizo que su asistencia a la escuela fuese más regular, pues la comida en el comedor estaba asegurada, además de llevar algo

para Carmen. Los dos hermanos mayores estaban ausentes. Pedro, el mayor, estaba preso, y Juan abandonó el barrio y la ciudad cuando se casó al cumplir los dieciocho años. Él era el más pequeño, siendo mucha la edad que le separaba de ellos, por lo que nunca tuvo a su lado quien le guiara y protegiera de las vicisitudes diarias; solo en Carmen sentía complicidad y cariño, y en el yayo amparo y refugio, hasta la muerte de este.

El padre regresaba cada vez más borracho a casa. Hacía más de un mes que Carmen abandonaba su habitación y se acostaba junto a su hermano pequeño. Él se sentía protegido y confortado al contacto con la hermana. Pensaba que el motivo era debido al miedo a la oscuridad. Una noche entró en su habitación corriendo y alterada, a la vez que el *pápa* la llamaba dando voces. Sintió temor de que su progenitor entrase a pesar de que, aun siendo violento, nunca le pegó desde la amenaza del abuelo, pero el temblor y la mirada de terror de Carmen le contagieron.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, Manu. Si el *pápa* entra, sal corriendo.

En el barrio no aprendió matemáticas, idiomas o ciencia, pero lo que veía y oía en él hizo que a muy temprana edad comprendiera algunos comportamientos de los mayores y de sus intenciones. Por ello, tampoco hizo falta que Carmen fuese más explícita para que entendiera el motivo del miedo que esta albergaba.

—No, no me iré, yo te defenderé.

Aquella noche no durmió, velando el sueño de la hermana. Pensando que el enemigo acechaba.

Carmen se casó por el rito de la comunidad cuando contaba con dieciséis años, aunque sería más correcto decir que fue entregada. A la boda asistieron los hermanos mayores, a los que nunca veía. A Juan, por la lejanía, y a Pedro, al que visitaba en la cárcel junto a Carmen, porque se marchó a una ciudad más al norte cuando salió de prisión. Aquel día

tuvo sentimientos encontrados. Estaba feliz por la fiesta que organizó la familia del novio. Hubo comida en abundancia, cantes, bailes, bromas, y lo más importante, se rompió la monotonía. En el patio de la casa del novio instalaron una gran barbacoa, sacrificaron un cerdo que colgaron en canal y del que iban despedazando según la demanda. Lo que más feliz le hizo fue cuando las mujeres salieron de una habitación enseñando un pañuelo blanco manchado de sangre. Aquello disipó su temor de que Carmen no fuese virgen, de que el Paco hubiera cumplido sus intenciones. Todos gritaron y sacaron a los novios en hombros. También estaba gozoso de que sus hermanos mayores estuviesen, quizás porque albergaba la esperanza de que se quedasen con él, de que no le dejaras solo con el *pápa*, pero no sucedió así. Al igual veía la cara de tristeza, de alegría fingida, de Carmen cuando cruzaban sus miradas; la de la hermana era de resignación y a la vez de súplica, de ayuda. En un momento en que estuvo a solas con ella, esta le dijo:

—Sé fuerte, Manu, y cuando puedas márchate de aquí.
—Él entonces no comprendió el alcance de aquel consejo, pero no tardaría mucho en hacerlo, aunque no lo siguió.

Con la marcha de Carmen, se quedó solo con el padre, que cada día se encontraba más decrepito y huraño. Durante los dos años que vivió a solas con él, agudizó su ingenio. Siguió yendo a la finca donde trabajaba el Ovejero, el cual no solo le dejaba coger la fruta, sino que le ayudaba a recogerla del árbol. Se aplicó más aún de lo que ya lo hacía en los estudios, y asistía con puntualidad al instituto; eso era debido no por interés en aprender, que ya lo tenía, sino para no levantar sospechas sobre los trabajos que realizaba para los Traperos.

Alrededor de las casas de una sola planta que entregó el Ayuntamiento, se levantaron chabolas construidas de diversos materiales: maderas, latón, toldos, cualquier cosa que pudiera servir para amortiguar el frío en invierno y el calor

en verano. Las calles, por darles nombre, estaban sin asfaltar, formándose un lodazal cuando llovía, e inundando el entorno de polvo en tiempo del estío. La mayoría de las «casas» disponían de un pequeño generador para proveerse de electricidad; otros, los que carecían de él, recurrían a conectarse a la red pública. Lo mismo sucedía con el suministro de agua. Aquel paisaje deprimente recordaba a una canción de la década de los 60 del siglo pasado, titulada *Mi calle*, cantada por un grupo musical llamado Lone Star. Aunque el Ayuntamiento había intentado en varias ocasiones el desalojo, eran ya tantas las familias que allí vivían que esto se antojaba de difícil solución, a menos que proveyesen de una vivienda a sus habitantes, algo que las autoridades no contemplaban debido al alto coste que ello suponía; este era el argumento que esgrimían.

El medio de vida de la inmensa mayoría de sus habitantes, por no decir la totalidad, era el comercio ambulante y el reciclaje (recogida de chatarra), como hacía su padre. También existían dos bares y tres o cuatro tiendas, donde se podían adquirir los productos más habituales e imprescindible para la vida diaria. Pero el tráfico de psicotrópicos y cualquier otro tipo de estupefacientes era la actividad por la que entraba la inmensa mayoría de ingresos, y que servían de sustento a las familias que allí habitaban. Las idas y venidas de gente foránea, generalmente joven, con la mirada vidriada, y que por su manera de andar, hablar y vestir, al Manu le recordaban a los personajes de películas de zombis. No encontraba explicación para ello, pero lo cierto era que la imagen de un yonqui o *enganchao* venía a su mente cada vez que veía a uno.

Se aprende de los buenos consejos y actos que los mayores nos dan, pero también de lo que no se debe hacer, de las consecuencias de algunos actos. El Manu era demasiado joven para saber aún qué hacer en la vida, sin embargo, sí lo que no sería: uno de aquellos fantasmas que deambulaban

por el barrio; dejándose la vida y el alma por conseguir una dosis que le mantuviese en pie. En este ambiente comprendió el poder del dinero: quien no lo tiene, está obligado a ganarlo o mendigar por él, aunque sea a costa de su propia dignidad. Y quienes lo poseen lo utilizan para comprar voluntades, y nunca se sacian de poseer más, y más, y más...

Los Traperos era el clan más poderoso de los dos que ejercían ese poder en el barrio. Nada se realizaba en él sin que ellos tuviesen conocimiento o diesen su autorización. Nadie, salvo el yayo Manuel hasta su muerte, ejercía mayor influencia en la comunidad; solo que la de este era moral y de respeto, y la de los Traperos de miedo y subsistencia.

El Paco apenas ganaba dinero, y lo poco que obtenía lo gastaba en alcohol; los alimentos que llegaban a la mesa eran los que el Ovejero le daba y los que Carmen, a hurtadillas del marido, les proporcionaba.

—Si quieres, yo puedo llevar mercancía a cualquier sitio de la ciudad.

—Tú, ¿y cómo lo harías? —Fue la pregunta en tono burlón de Quini, uno de los hijos del clan de los Traperos ante la proposición que le hacía el nieto del yayo Manuel.

—En la mochila, junto con los libros, ¿quién sospecharía de un chaval que va al *manporegio*?

El trapero quedó observándole, pensativo. Aquel crío tenía cara de listo y la idea era buena. Receló al principio, ya que era él el que imponía las condiciones por las cuales los camellos trabajaban, pero le gustó la forma en que lo abordó: deteniéndose frente a él, mirándole a los ojos y, sin mediar saludo alguno, hizo la propuesta. Sí, aquel crío no solo parecía listo, sino que tenía huevos. Sin duda, sería la mula perfecta.

De esta forma, el Manu tomaba diariamente el autobús escolar, que recogía a los pocos adolescentes que asistían